



# Frente al pelotón de fusilamiento

Autor(a): Bretón Mejía Luis Eduardo  
Esc. Sec. Ofic. 0764 "José Vasconcelos" 15EES1132P  
Tecámac, México  
8 de diciembre de 2022



## Introducción

Escribir textos literarios como docente de educación básica no es un hecho muy frecuente en México. La realidad nos muestra que, desde la escuela pública de enseñanza básica, se publica poco, la mayor parte de las publicaciones que tienen su origen en algún nivel educativo, se generan en las escuelas de educación superior. ¿Los centros de investigación y las universidades son las únicas instituciones educativas responsables de generar y difundir el conocimiento? ¿Solamente se puede publicar algo, siendo escritor profesional o desde un espacio universitario? ¿Qué sucede entonces con los maestros de educación básica? ¿No somos acaso nosotros los encargados de enseñar a leer y a escribir a las nuevas generaciones? ¿Dónde está nuestra voz? ¿Dónde está lo que los maestros de educación básica escriben para sus alumnos?

Como recurso didáctico, el cuento goza no sólo de prestigio sino también de la aceptación de nuestros jóvenes alumnos. Para ellos es accesible, breve, pero sobre todo fácil de asimilar. Puede ser utilizado por los docentes para abrir una clase, para detonar una conversación y plantear nuevas ideas. El cuento como recurso literario abarca muchas asignaturas, no sólo las que tienen relación con el área de lenguaje.

La escuela es el lugar en el que los relatos fluyen y confluyen todo el tiempo, es un espacio que puede ser aprovechado para construir textos desde todas las asignaturas por los docentes, pero que al mismo tiempo, puede ser un precedente para futuros escritores que nacen con ejercicios sencillos pero significativos, aquellas acciones que con el ejemplo se convierten en metas, en proyectos a largo plazo de nuestros estudiantes.

Sin ser docente de lengua pongo a disposición de la comunidad este cuento que describe una pequeña escena de los años convulsos de la revolución mexicana, desde la mirada de los sujetos mismos, en él se pueden percibir las sensaciones propias de un momento álgido en el que cada minuto cuenta, en el que la venganza y la solidaridad pueden o no concretarse, momentos en que la vida de los hombres depende de otro hombre con sus

emociones, sus pasiones e ideales, pero también con sus rencores, sinsabores y encomiendas.

Y que, al mismo tiempo puede ser una ventana desde donde nuestros estudiantes echen una mirada al pasado, aquel que estudian casi siempre desde la perspectiva de los planes y programas oficiales, pero que también pueden conocer a través de la pluma de uno de sus docentes.

## **Frente al pelotón de fusilamiento.**

Luis Eduardo Bretón Mejía

La figura de Vidal Becerra no es la misma que mostró en sus mejores años, aquellos en que conoció al general Aureliano Urrutia, y al coronel Gastón Pineda y se unió a la bola. Las botas sin lustrar rozan el piso, no corresponden a su grado pero a Vidal Becerra no le importa, las mira antes de ponerse de pie ante la llegada de los escoltas que llegan hasta su celda. Aquellos hombres no necesitan informarle nada porque él sabe perfectamente lo que le espera. Se pone de pie, sin mirarlos se coloca entre ellos con la frente en alto, con ese aire marcial que siempre lo caracterizó. Al intentar avanzar, su pierna izquierda se niega a obedecerlo, precisamente a él que desde que comenzó a ascender en la carrera militar no permitió que una orden suya fuera contravenida, pero así era; y no sólo la izquierda, sino también la derecha estaba como engarrotada, como si ambas se hubieran puesto de acuerdo para desobedecer al jefe. En otro momento hubiera descargado su arma sobre sus propias piernas; pero, ahora no, es imposible que haga otro movimiento que sólo caminar.

—¿Necesita que le ayudemos, mi coronel...no puede caminar? — Alcanzó a escuchar decir a uno de los guardias.

—Estoy bien, sargento...estoy bien...continuemos—Contestó.

Al salir, después de que sus propias piernas se acostumbraron a caminar y doblar por el último pasillo vio el amplio patio iluminado por la primera luz de la mañana entonces el recuerdo de un hombre se le presentó inesperadamente, trasportando su mente ocho años atrás...

—Que dice que se llama Cástulo Benítez, mi capitán, que sí es del pueblo pero que no sabe nada de pa' donde se juyó la gente del general Márquez. Ya le dimos lo suyo, pero no quiere hablar. Dice que él es gente decente, buen cristiano y que no sabe nada. Usté dirá qué hacemos con él.

—Vamos a donde está, quiero verlo personalmente.

—Como usté ordene mi capitán.

Vidal Becerra recordó al hombre aquel tirado en el suelo con tanta claridad que parecía que lo estaba viendo.

—Ora tú, levántate, mi capitán quiere hablar contigo. No te hagas el dormido.

—No, estaba dormido, no he dormido en toda la noche.

—Pues deberías— Agregó Vidal Becerra— Deberías. Digo, para que te vayas acostumbrando.

—¿A qué? —Preguntó el hombre.

—Cómo que a qué, pues a lo eterno, porque ahora mismo te mando fusilar si no me dices pa' donde jaló la gente del desgraciado de Márquez.

—Por la virgencita santa le juro que no sé nada patrón, yo estaba en mi parcela trabajando cuando esas gentes pasaron por ahí, echaron bala, algunos se emborracharon, y luego se fueron. Se lo juro patrón, es todo lo que sé.

—Déjeme uste que me lo quebre mi capitán, hace casi un mes que no me truena a ninguno. Déjemelo capitán, nomás lo paro frente al pelotón y verá como canta más rápido que los gallos estos que están cantando.

—Te voy a dar una ultima oportunidad de que te salves— Agregó Vidal Becerra— Mira, si me dices pa' donde jalaron, sólo pa' donde se fueron, te dejo ir. ¿Tomaron el camino de Llano Grande?... ¿Bajaron por la cañada de Angostura? Responde, y deja de llorar... Creo que es inútil. ¡Gonzaga!

—Mandé usted mi capitán.

—Sácalo y fusílalo inmediatamente.

—¡Tenga piedad de mí capitán! No puede usted hacerme esto, tengo mujer e hijos, ¡no por favor!

—No llore ¿acaso no es usted hombre? Hasta pa' morirse hay que ser hombre. Además, usted no va a sentir nada, todo lo vamos a hacer nosotros... Le digo que no llore y levántese. ¡Gonzaga, levántalo y sácalo de aquí y fusílalo ya!

—Levántate, qué no escuchaste a mi capitán... Uy, pero si este ya se orinó mi capitán. Además, no se quiere parar.

—¡Pues cárguenlo y aunque sea amarrado me lo fusilas!

No era el primer hombre que moría bajo sus órdenes, ni el primero que lloraba al enfrentar a la muerte, ni mucho menos el único que se orinaba, algunos llegaban hasta a excretar antes de ser pasados por las armas.

Esa misma sensación de miedo vivió Vidal Becerra ya con el grado de coronel al escuchar la sentencia del consejo de guerra que se formó ex profeso para juzgarlo, pero conservó la calma. No se iba a doblegar implorando por el indulto. La orden se iba a cumplir, no por los múltiples delitos que cometió contra la población civil, o por los muchos asesinatos; tampoco se le juzgó por el despojo de tierras para acrecentar los límites de su hacienda, ni por el desvío de maíz que estaba destinado a los indígenas de la sierra madre, no. Su delito fue la de secundar la aventura de los generales Serrano y Gómez. Desafiar la autoridad del caudillo, y eso es algo que no se perdona, todo lo demás merece la indulgencia del jefe máximo, menos la traición.

La noche anterior Vidal Becerra se negó a ser atendido espiritualmente por un sacerdote. No creía en los ensotados, desconfiaba de todos ellos. Tampoco quiso recibir un trato especial. Sólo pidió que le permitieran usar su uniforme. Al general Jerónimo Figueroa, última persona con la que hablara le dijo:

—Así tenía que ser, tarde que temprano. En la bola andamos. Yo no voy a ser el primero ni el último. La revolución está siendo traicionada. El que manda no es el que más respeta este país o quiere el progreso, sino el que más gente mata. Pero no tengo miedo, nunca lo tuve. Siempre lo supe, sépaselo, que lo más seguro era que iba a terminar así. Lo único diferente es que pensaba que a lo mejor serían los villistas, los carrancistas o los zapatistas los que lo hicieran y no mis propios compañeros de armas porque según ellos los traicioné. ¿Y no ellos también han traicionado a este país? Pero me voy tranquilo general, no tengo miedo.

En este momento, Vidal Becerra siente miedo, lo sabe, su estómago se lo indica. Escucha los sonidos como ecos lejanos, y entre ellos una voz que le pregunta:

—¿Mi coronel, quiere que suspenda la orden por unos minutos? Su pantalón está mojado, y usted ayer pidió que...

—Cumpla la orden sargento. Sólo cúmplala ya...

Al colocarle la venda en los ojos Vidal Becerra aprieta los puños para detener que el temblor de manos. El sudor corre por debajo de la venda y de su pelo crespo. Aprieta sus ojos. Escucha las ordenes... todo termina.

—¡Fuego!

## Conclusiones

El cuento como recurso como recurso didáctico permite apoyar en el logro de los aprendizajes, ya que el docente como autor inédito puede conducir al lector hacia los conocimientos que en concreto quiere lograr con sus estudiantes, de ahí la importancia de construir narrativas accesibles, agradables pero sobretodo que logren cautivar al lector, que lo lleven por un mundo antes desconocido y a partir de las descripciones sientan la necesidad de conocer, de llegar al desenlace, de investigar aún más sobre el tema. Por ello, el presente además de ser un recurso, es una invitación para atreverse a producir textos y que éstos sean difundidos en las instituciones de todos los niveles educativos, pero en particular en Educación Básica.

Nunca tuve la oportunidad como estudiante en mi juventud de leer un texto escrito por una o uno de mis maestros, y sé por experiencia que cuando un documento escrito desde la escuela llega a manos de nuestros jóvenes estudiantes éstos lo reciben con duda e interés; duda porque creen que las personas que escriben no están en las escuelas, piensan que sus maestras y maestros sólo están ahí para enseñar, no para escribir, y asombro porque perciben que escribir es algo que está cerca de ellos y que por lo tanto es posible que también ellos lo puedan llegar a hacer algún día si la escuela dispone de los espacios de difusión para los productos escritos en la propia institución.

Leer y escribir son actos sociales, cada texto espera encontrarse con uno o muchos lectores ávidos de abrir sus horizontes a través de la lectura. La escuela como espacio encargado de formar a los nuevos lectores puede hacerlo creando sus propios textos escritos desde y para la escuela. Maestras, maestros, alumnas y alumnos están en la posibilidad e incluso casi obligados a crear, en cada escuela un micro espacio de creación, intercambio, distribución y difusión de sus propios textos, en beneficio de la educación en muchos sentidos.

Pensando positivamente es posible que los documentos producidos en la escuela algún día traspasen sus muros y encuentren otros lectores que igualmente los hagan suyos.





## Referencias

Chartier, A. (2005). *Enseñar a leer y escribir. Una aproximación histórica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gómez, M. (1995). *La producción de textos en la escuela*. Secretaría de Educación Pública. México: Biblioteca para la actualización del maestro.

Guijosa, M. (2010) *Escribir nuestra vida. Ideas para la creación de textos autobiográficos*. México: Croma Paidós.

Hernández, G. (2009). *Escritura académica y formación de maestros ¿Por qué no acaban la tesis?* Tiempo de Educar vol. 10 Núm. 19. Universidad Autónoma del Estado de México.

Kaufman, A y Rodríguez, E. (2003). *La escuela y los textos*. Secretaría de Educación Pública. México: Biblioteca para la actualización del maestro.

Meek, M. (2008). *En torno a la cultura escrita*. México: Fondo de Cultura Económica.